

**Capítulo 3**  
**EL FUTURO**

*Culturas prefigurativas  
e hijos desconocidos*



Nuestra crisis actual ha sido atribuida tanto a la abrumadora celeridad del cambio, como al derrumbe de la familia, a la decadencia del capitalismo, al triunfo de la tecnología sin alma y, en términos de repudio total, a la quiebra definitiva del Sistema (*Establishment*). Detrás de estos asertos se observa un conflicto más fundamental entre aquellos para quienes el presente sólo encarna una intensificación de nuestra cultura cofigurativa ya existente, en la que los pares están reemplazando cada vez más a los padres como modelos significativos de conducta, y aquellos que alegan que en verdad estamos ingresando en una etapa totalmente nueva de la evolución cultural.

La mayoría de los comentaristas, no obstante sus diferencias de criterio, continúa enfocando esencialmente el futuro como una prolongación del pasado. Teller todavía puede describir el desenlace de una guerra nuclear como un estado de destrucción que en términos relativos no sería más espantoso que los estragos que sembró Gengis Kan. Al escribir acerca de la crisis actual los moralistas citan la decadencia en que cayeron antaño los sistemas religiosos, y los historiadores destacan que la civilización ha sobrevivido una y otra vez al derrumbe de los imperios.

Asimismo, la mayoría de los observadores interpreta que el hecho de que la juventud disconforme de todas las tendencias y de todas las sociedades del mundo repudie el pasado y el presente no implica sino una forma exagerada

de rebelión adolescente. Esto le permite decir a Max Lerner: "Todos los adolescentes deben pasar por dos períodos cruciales: uno en el que se identifican con un modelo, ya sea éste el padre, el hermano mayor, el maestro, y otro en el que se rebelan contra dicho modelo y reivindican su propia personalidad". Existen pocas diferencias sustanciales entre la opinión de Lerner y la que expresa David Riesman cuando describe al hombre autónomo, que emerge del presente sin una ruptura muy violenta con el pasado.

Quizá la respuesta más extraordinaria a la rebelión juvenil haya sido la de Mao, quien intentó volver a los jóvenes descontentos contra sus padres, para así poder conservar el ímpetu de la revolución realizada por la generación de los abuelos. A pesar de que se nos escapan los detalles de lo que ha estado sucediendo en China, lo que sabemos induce a pensar en el despliegue de un tremendo esfuerzo encaminado a transformar el anhelo de destrucción, que caracteriza la actitud de todos los jóvenes activistas del mundo, en un instrumento eficaz para la conservación del régimen comunista chino recién implantado. Si los maoístas triunfaran en su experimento, habrían realizado la aplicación más sensacional que se conoce de las técnicas de la cofiguración generacional con el fin de provocar un retorno a una cultura postfigurativa. Hay indicios de que los chinos modernos podrían interpretar que las nuevas tecnologías occidentales tales como la electrónica son análogas a las asimiladas en procesos que se han producido muchas veces en la larga historia de la civilización china, o sea, que no tienen más importancia que una nueva forma de metalurgia.

Los teóricos que en sus interpretaciones del abismo generacional destacan las similitudes entre el pasado y el presente hacen caso omiso de la irreversibilidad de los cambios que se han producido desde el comienzo de la revolución industrial. Esto llama particularmente la atención en sus lucubraciones sobre el desarrollo tecnológico moderno, que ellos abordan como si fuera comparable por sus efectos con los cambios que se producían cuando una civilización de antaño copiaba de otra técnicas tales como la agricultura,

la escritura, la navegación, o la organización del trabajo y el derecho.

Naturalmente, es posible analizar tanto las culturas post-figurativas como las cofigurativas en términos de la lentitud o rapidez del cambio, sin especificar la naturaleza del proceso. Por ejemplo, cuando los hijos de los trabajadores rurales y artesanales ingresaron en las primeras fábricas, esto marcó el comienzo de un cambio irreversible. Pero la acomodación a este nuevo modo de vida fue lenta, dado que abarcó varias generaciones, y ello determinó que no se captara necesariamente que los cambios eran más drásticos que los que habían experimentado los pueblos incorporados mediante la conquista al Imperio Romano. Así también sucede que cuando se enfoca la atención en las relaciones generacionales y en la naturaleza de los modelos mediante los cuales se trasmite la cultura, es posible definir como plenamente comparable una situación pasada, como sería por ejemplo la de un pueblo apegado a la tierra que aprendió las técnicas de la pesca, con una situación actual, como sería por ejemplo la de los hijos de los emigrantes haitianos que aprenden la programación de computadoras.

El contraste entre el cambio pasado y el presente sólo resalta con nitidez cuando se especifica la naturaleza del proceso. Pienso que un problema urgente consiste en delinear la naturaleza del cambio en el mundo moderno, incluyendo su ritmo y dimensiones, para así entender mejor las distinciones que es necesario establecer entre el cambio del pasado y el que se está registrando en la actualidad.

La prueba primordial de que la situación presente es única y no tiene parangón en el pasado, consiste en que la ruptura generacional abarca todo el mundo. Los acontecimientos particulares que se desarrollan en un país cualquiera —China, Inglaterra, Pakistán, Japón, Estados Unidos, Nueva Guinea, u otro— no bastan para explicar la inquietud que conmueve a la juventud moderna en todas partes. Los recientes cambios tecnológicos o el lastre implícito en la falta de éstos, la revolución o la represión de las actividades revolucionarias, el desmoronamiento de la fe en los viejos credos o la atracción de otros nuevos...

he aquí una serie de factores que sólo explican parcialmente las formas particulares que asume la rebelión juvenil en los distintos países. Indudablemente es más probable que el nacionalismo prospere en un país como Japón, que se está recuperando de una derrota reciente, o en países que acaban de desvincularse de su pasado colonial, y no, por ejemplo, en Estados Unidos. Al gobierno de un país tan aislado como China le resulta fácil ordenar vastos cambios por decreto, en tanto que al gobierno de la Unión Soviética, que actúa en el escenario europeo, le resulta difícil sofocar la resistencia checoslovaca. La crisis de la familia es más evidente en Occidente que en Oriente. La celeridad del cambio es más conspicua y se percibe con más claridad en los países menos y más industrializados que en los países que ocupan una posición intermedia. Pero en cierta medida todo esto es secundario cuando se fija la atención en la disconformidad juvenil, cuyas dimensiones son mundiales.

El énfasis en las singularidades sólo sirve para obstaculizar la búsqueda de un principio explicativo. En cambio, es necesario despojar los acontecimientos de cada país de sus aspectos superficiales, nacionales e inmediatamente temporales. El deseo de implantar una forma liberal de comunismo en Checoslovaquia, la búsqueda de igualdad "racial" en Estados Unidos, el anhelo de liberar a Japón de la influencia militar norteamericana, el apoyo que se presta al conservadorismo extremo en Irlanda del Norte y Rhodesia o a los excesos del comunismo en Cuba... todas éstas son formas particulares. El denominador común de todas ellas es el activismo juvenil.

Si he procurado bosquejar las características esenciales del modelo postfigurativo y algunas de las formas que asume el modelo cofigurativo en ciertas condiciones de cambio rápido, lo he hecho con la intención de aplicar a este problema el análisis antropológico. Estoy convencida de que la descripción de estos modelos, tal como hemos llegado a entenderlos mediante el estudio de las culturas antiguas, puede ayudarnos a elucidar lo que está sucediendo en el mundo contemporáneo.

La pregunta clave es ésta: ¿Cuáles son las nuevas condiciones que han desencadenado la revuelta juvenil en todo el mundo?

La primera de ellas es la aparición de una comunidad mundial. Por primera vez los seres humanos del mundo se han congregado, en razón de las informaciones que los unos tienen acerca de los otros y de las reacciones que los unos provocan en los otros, en una comunidad unida por el conocimiento y el peligro compartidos. Ahora no podemos afirmar con certeza si antaño existió en algún momento una sola comunidad constituida por muchas pequeñas sociedades, cuyos miembros se conocían entre sí hasta tal punto que la conciencia de lo que diferenciaba a una pequeña sociedad de otra avivaba la conciencia que cada grupo constitutivo tenía de sí. Pero por lo que sabemos, dentro del período arqueológico no existió ninguna comunidad única, interrelacionada, de este tipo. Los racimos más vastos de grupos humanos interrelacionados eran fragmentos de un todo desconocido aun más vasto. Los mayores imperios expandían sus fronteras hacia regiones habitadas por pueblos cuyas lenguas, costumbres y aspecto eran desconocidos. En el mundo de entonces, que sólo se conocía en forma muy parcial, la idea de que todos los hombres eran, en el mismo sentido, seres humanos, resultaba irreal o una creencia mística. Los hombres podían reflexionar acerca de la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre y los biólogos podían defender la teoría del monogenismo en oposición a la del poligenismo, pero lo que todos los hombres tenían en común era un tema de continuas especulaciones y disputas.

Los hechos de los últimos veinticinco años produjeron un cambio drástico. La exploración ha sido lo bastante completa como para convencernos de que sobre el planeta no hay tipos humanoides, con excepción de nuestra especie. Los veloces viajes aéreos en escala mundial y los satélites de televisión que giran en torno del globo nos han transformado en una comunidad única en la cual los acontecimientos que se registran en un punto de la tierra están inmediata y simultáneamente al alcance de los pueblos que

habitan todo el resto del mundo. Ningún artista ni censor político tiene tiempo de intervenir y corregir los materiales cuando alguien asesina a un dirigente o clava una bandera en la luna. El mundo es una comunidad a pesar de que todavía carece de las formas de organización y de las sanciones mediante las cuales se puede gobernar una comunidad política.

La revolución industrial del siglo **xix** reemplazó por otras las formas más burdas de energía. La revolución científica del siglo **xx** ha permitido multiplicar extraordinariamente la producción agrícola pero también ha creado la posibilidad de que se modifique radical y peligrosamente la ecología de todo el planeta y de que se destruya a todos los seres vivos. La ciencia ha facilitado, mediante el uso de computadoras, una nueva concentración de afanes intelectuales gracias a la cual los hombres pueden iniciar la exploración del sistema solar, y abre el camino a la creación de condiciones simuladas mediante las cuales los hombres, y sobre todo aquellos que trabajan en grupos organizados, pueden superar anteriores hazañas intelectuales.

La revolución que afecta el desarrollo de las fuentes de alimentos tiene magnitud mundial. Hasta hoy, en muchas regiones del globo, la revolución médica ha hecho aumentar la población hasta tal punto que el efecto primordial de la mayor y más eficiente producción de alimentos se ha traducido en la contención de la hambruna. Pero si consiguiéramos introducir un nuevo equilibrio en la población mundial, sería posible alcanzar por primera vez la meta de una nutrición suficiente para toda la humanidad. A su vez, al reducir las presiones favorables al incremento demográfico, la revolución médica ha empezado a liberar a las mujeres de la ancestral necesidad de consagrarse casi por completo a la reproducción, y en consecuencia alterará radicalmente el porvenir de éstas y la educación futura de los niños.

Lo más importante es que estos cambios se han registrado casi simultáneamente, dentro del ciclo vital de una generación, y que el impacto de la idea de cambio es mundial. Apenas ayer, el único contacto entre un nativo de



Nueva Guinea y la civilización moderna podría haber consistido en un cuchillo de marca llegado hasta su aldea después de trueques sucesivos, o en un avión visto en el cielo. Hoy, apenas ingresa en la factoría de frontera más pequeña, se encuentra con la radio de transistores. Hasta ayer, los aldeanos de todo el mundo estaban escindidos de la vida urbana de sus propios países. Hoy, la radio y la televisión les llevan sonidos e imágenes de las ciudades de todo el globo.

Los hombres que son portadores de tradiciones culturales muy distintas entre sí ingresan en el presente en el mismo instante cronológico. Es como si, en todo el mundo, la humanidad estuviera convergiendo hacia centros de inmigración iguales, identificados con las mismas leyendas: "Usted entrará en este momento en el mundo de la segunda postguerra por el Portón 1 (o el Portón 23, o el Portón 2.003, etc.)". Quienesquiera que ellos sean, y cualesquiera que sean sus puntos particulares de ingreso, todos los hombres son igualmente inmigrantes que llegan a la nueva era: algunos de ellos como refugiados y otros como proscriptos.

Se parecen a los inmigrantes que arribaban como pioneros a una nueva comarca, sin ningún conocimiento acerca de lo que les exigirían las nuevas condiciones de vida. Los últimos en llegar podían tomar como modelos a sus grupos de pares. Pero entre los que inauguraban la corriente, los adultos jóvenes tenían por único modelo sus propias adaptaciones e innovaciones experimentales. Su pasado, la cultura que había plasmado su comprensión — sus pensamientos, sus sentimientos y sus concepciones del mundo — no eran una guía segura para el presente. Y los ancianos que los acompañaban, atados al pasado, no podían proporcionarles modelos para el futuro.

Hoy, todas las personas nacidas y criadas antes de la Segunda Guerra Mundial, son inmigrantes en el tiempo — como sus antepasados lo fueron en el espacio — que luchan para adaptarse a las condiciones desconocidas de la vida en una nueva era. Al igual que todos los inmigrantes y pioneros, estos inmigrantes en el tiempo son los portadores de viejas culturas. Hoy la diferencia consiste en que

representan todas las culturas del mundo. Y todos ellos, ya se trate de sofisticados intelectuales franceses o de miembros de una tribu remota de Nueva Guinea, de campesinos haitianos apegados a la tierra o de físicos nucleares, tienen ciertas características en común.

Quienesquiera que sean, estos inmigrantes crecieron bajo cielos por los que jamás había cruzado un satélite. Su visión del pasado era una versión corregida de lo que había ocurrido. Fuera que dependiesen totalmente de la tradición oral, artesanías y representaciones teatrales, o tuviesen acceso a la imprenta y a la fotografía estática y la filmación, lo que podían saber había sido alterado por el acto mismo de la conservación. Su visión del pasado inmediato estaba limitada a lo que podían percibir con sus propios ojos y oídos y a las versiones corregidas de las experiencias sensorias y los recuerdos de otros hombres. Esencialmente, en su concepción del futuro el cambio estaba incorporado a una inmutabilidad más profunda. El nativo de Nueva Guinea que ingresaba en el complejo mundo moderno imitaba los modelos culturales que le proporcionaban los europeos y esperaba compartir de algún modo su futuro. El industrial o el autor de planes militares que imaginaba lo que podría posibilitar una computadora aún no construida, la encaraba como otro agregado al repertorio de inventos que había acrecentado las aptitudes del hombre. Ampliaba lo que éstos podían hacer, pero no modificaba el futuro.

Es significativo que la ciencia-ficción de mediados del siglo xx, escrita por jóvenes autores que tenían poca experiencia en cuestiones de la vida humana, sonara falsa a los oídos sofisticados y prácticos y despertara en la mayoría de los hombres cultos menos interés que mitos tales como los de Icaro y Dédalo, los cuales incluyen a hombres y dioses además de los mecanismos del vuelo. La mayoría de los científicos compartía la falta de presciencia de otros miembros de su generación y era incapaz de compartir los sueños de los autores modernos de ciencia-ficción.

Cuando la primera bomba atómica fue detonada en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, sólo unos pocos individuos comprendieron que la humanidad ingresaba en

una nueva era. Y hasta ahora la mayoría de las personas mayores de veinticinco años no ha sabido captar emocionalmente, aunque lo haya hecho muy bien en el plano intelectual, la diferencia que existe entre cualquier guerra en la cual sobreviviría la humanidad, aunque las bajas fueran cuantiosas, y otra en la cual no habría sobrevivientes. Continúan pensando que esa guerra, librada con armas más letales, sería simplemente una guerra más cruenta, y no entienden las consecuencias de las armas científicas de exterminio. Incluso los científicos, cuando forman comisiones, tienden a no plantearse como meta la abolición total de la guerra, sino la prevención de aquellas formas particulares de lucha que les producen a ellos mismos una incómoda sensación de responsabilidad especial... como sucede en el caso del empleo de plaguicidas en Vietnam.

Por tanto, desde el punto de vista del ingreso en un presente para el que ninguno de nosotros estaba preparado por su comprensión del pasado, por su interpretación de la experiencia contemporánea o por sus expectativas para el futuro, todos los que nos criamos antes de la Segunda Guerra Mundial somos pioneros, inmigrantes en el tiempo, que hemos dejado atrás nuestros mundos familiares para vivir en una nueva era, en condiciones distintas de todas las que hemos conocido. Nuestro pensamiento nos ata todavía al pasado, al mundo tal como existía en la época de nuestra infancia y nuestra juventud. Nacidos y criados antes de la revolución electrónica, la mayoría de nosotros no entiende lo que ésta significa.

Todavía conservamos las sedes del poder y controlamos los recursos y las aptitudes necesarios para mantener el orden y organizar los tipos de sociedades que conocemos. Manejamos los sistemas educacionales, los sistemas de aprendizaje, las escalas profesionales por las que deben trepar los jóvenes, peldaño por peldaño. Los adultos de los países adelantados dominan los recursos que los países jóvenes y menos desarrollados necesitan para su progreso. Sin embargo, hemos quemado las naves. Estamos condenados a vivir en un entorno desconocido y nos arreglamos con lo que sabemos. Levantamos, con materiales nuevos y

mejor entendidos, edificios provisionales ajustados a los viejos esquemas.

En cambio, la nueva generación, los jóvenes rebeldes y explícitos de todo el mundo que se baten contra los controles que los sujetan, se asemejan a los miembros de la primera generación nacida en un país nuevo. Están cómodos en su tiempo. Los satélites son algo familiar en sus cielos. Nunca conocieron una época en que la guerra no proyectara su amenaza de aniquilación. Los que emplean computadoras no les atribuyen una naturaleza antropomórfica: saben que están programadas por seres humanos. Cuando se les comunican los datos correspondientes, entienden en seguida que la contaminación permanente de la atmósfera, el agua y la tierra convertirá el planeta en un erial inhabitable y que será imposible alimentar a la población mundial si ésta continúa aumentando indefinidamente. Entienden que el control de la natalidad es viable y necesario. Como miembros de una especie que habita una comunidad mundial subdesarrollada, comprenden que las distinciones odiosas fundadas sobre razas y castas son anacrónicas. Insisten en que es vital que exista alguna forma de orden mundial.

Viven en un mundo en que los acontecimientos les llegan con toda su compleja proximidad, y ya no están amarrados por las secuencias lineales simplificadas que dictaba la palabra impresa. A su juicio, la matanza de un enemigo no es cualitativamente distinta del asesinato de un vecino. No pueden conciliar nuestros esfuerzos por salvar a nuestros niños mediante todos los recursos conocidos con nuestra predisposición a exterminar con napalm a los niños ajenos. Las viejas distinciones entre tiempo de paz y tiempo de guerra, amigo y enemigo, "mi" grupo y "el de ellos" (los extranjeros, los ajenos), han perdido su significado. Saben que el pueblo de una nación no puede salvar por sí solo a sus propios niños y que cada uno es responsable por los niños de los demás.

Aunque he dicho que *saben* estas cosas, quizá debería haber dicho que esto es *lo que sienten*. Al igual que la primera generación nacida en un país nuevo, escuchan lo

que sus padres les cuentan acerca del pasado y sólo lo entienden a medias. Porque así como los hijos de los pioneros no tenían acceso a los recuerdos topográficos que hacían llorar a sus padres, así tampoco los jóvenes de hoy pueden compartir las reacciones de sus padres frente a acontecimientos que los conmovieron hondamente en el pasado. Pero esto no es lo único que separa a los jóvenes de sus mayores. Cuando observan con atención, descubren que sus mayores marchan a tientas, que abordan torpemente, y a veces sin éxito, las tareas que les imponen las nuevas condiciones. No tienen un conocimiento directo de la forma en que sus padres vivían allende los mares, ni de la reacción muy distinta de la madera ante las herramientas o de la tierra ante la azada. Ven que sus mayores utilizan medios inapropiados, que su desempeño es penoso y que los resultados son muy inciertos. Los jóvenes no saben qué es lo que se debe hacer, pero intuyen que debe de haber un sistema mejor.

Shannon Dickson, un muchacho tejano de quince años, expresó en una composición lo que sentía:

En la mente de mi generación existe una perplejidad general cuando se trata de encontrar una solución para nosotros mismos y para el mundo que nos rodea.

Vemos el mundo como un caos colosal cuando desfila velozmente con sus guerras, su pobreza, sus prejuicios y la falta de comprensión que existe entre los pueblos y las naciones.

Entonces hacemos un alto y pensamos: debe de haber un sistema mejor y tenemos que encontrarlo.

Vemos el inmenso tropel de individuos exasperados que se esfuerzan por batir a sus semejantes. Todo esto se acumula y provoca desasosiego entre las naciones y en el hogar. A mi generación la usan casi como si fuera una máquina. Debemos aprender normas consagradas, debemos desvelarnos por adquirir una educación más refinada, lo que nos permitirá seguir las huellas de nuestros mayores. ¿Pero por qué? Si nos toca ser una generación repetitiva, la situación será peor. ¿Pero cómo ha-

bremos de cambiar? Necesitamos una gran dosis de amor para todos, necesitamos de la comprensión universal entre los pueblos, necesitamos pensar en nosotros mismos y expresar nuestros sentimientos, pero esto no es todo. Todavía debo descubrir qué más necesitamos, y ni siquiera he aplicado estos preceptos tan a fondo como debería haberlo hecho. Porque cuando intento hacerlo caen sobre mí las burlas de mis mayores y de quienes no escuchan, o encaran el problema con mentalidad cerrada. Las computadoras ocupan el lugar de los cerebros; la electrónica asume el control, y esto sólo contribuye a confundir aun más las cosas.

Reconozco que debemos obedecer ciertas reglas básicas, pero antes debemos averiguar quién dicta las reglas.

A veces paseo por una playa desierta y escucho las olas y los pájaros; los oigo clamar y gritar eternamente y a veces nosotros nos sentimos así, pero cada uno sigue aferrado a sus pequeñas rutinas, sin atreverse a hacer un alto y escuchar, por miedo a romper su cascarón.

La respuesta está en algún lugar, afuera. Debemos buscarla.

Piensan que debe de existir un sistema mejor y que deben encontrarlo.

Actualmente en ningún lugar en el mundo hay mayores que sepan lo que saben los jóvenes, por muy remotas y sencillas que sean las sociedades donde viven estos últimos. Antaño siempre había algunos adultos que sabían más que cualquier joven en términos de la experiencia adquirida al desarrollarse dentro de un sistema cultural. Ahora no los hay. No se trata sólo de que los padres ya no son guías, sino de que no existen guías, los busque uno en su propio país o en el extranjero. No hay adultos que sepan lo que saben acerca del mundo en que nacieron quienes se han criado dentro de los últimos veinte años.

Los adultos forman una generación extrañamente aislada. Ninguna otra generación ha conocido ni ha experimentado jamás un cambio tan masivo y rápido, ni se ha desvelado por asimilarlo, ni ha visto cómo las fuentes de energía,

los medios de comunicación, las certidumbres de un mundo conocido, los límites del universo explorable, la definición de humanidad, y los imperativos fundamentales de la vida y la muerte, cambiaban delante de sus ojos. Hoy los adultos saben más que cualquier generación acerca del cambio. En consecuencia estamos igualmente alienados de las generaciones anteriores y de los jóvenes que han rechazado el pasado y todo lo que sus mayores hacen por el presente.

Así como los primeros norteamericanos debieron autoenseñarse a no soñar con el pasado y a concentrarse en el presente, y así como a su vez les inculcaron a sus hijos que debían actuar y no fantasear, así también los adultos de hoy deben interpretar que su propio pasado es incomunicable, y deben enseñar a sus hijos, por mucho que ello les duela, que no tienen que interrogarlos, porque nunca podrán entender. Necesitamos convencernos de que ninguna otra generación experimentará jamás lo que hemos experimentado nosotros. Desde este punto de vista hemos de reconocer que no tenemos descendientes, del mismo modo que nuestros hijos no tienen antepasados.

En este punto de ruptura entre dos grupos radicalmente distintos e íntimamente vinculados, es inevitable que ambos estén muy solos, mientras nos miramos los unos a los otros seguros de que ellos nunca experimentarán lo que hemos experimentado nosotros y que nosotros nunca podremos experimentar lo que han experimentado ellos.

Esta sensación de distancia, este sentimiento de que falta una conexión viva con los miembros de la otra generación, asume a veces contornos extravagantes. En el verano de 1968 un grupo de sacerdotes norteamericanos que celebraba un congreso en Upsala dialogó con algunos objetores de conciencia también norteamericanos, que se habían refugiado en Suecia para eludir el reclutamiento militar, y expresó luego en un informe escrito: "Estamos convencidos de que éstas son nuestras criaturas". No pudieron dar por supuesta su paternidad cultural sino que debieron persuadirse de que era así... después de una larga discusión. Parecía imposible creer que algunos de sus hijos pudieran abandonar los Estados Unidos, donde antaño se habían re-

fugiado los perseguidos de Europa. Hablaban casi como si hubieran tenido que recurrir a un análisis de grupos sanguíneos para probar su paternidad espiritual.

En la mayoría de los debates que se desarrollan en torno del abismo generacional, se hace hincapié en la alienación de los jóvenes, en tanto que se tiende a omitir totalmente la alienación de sus mayores. Lo que olvidan los comentaristas es que la verdadera comunicación consiste en un diálogo y que ambos interlocutores del diálogo carecen de vocabulario.

Estamos familiarizados con los problemas de comunicación que se plantean entre las personas que hablan dos idiomas diferentes y han sido educadas en el seno de culturas radicalmente distintas: una, por ejemplo, en China, y la otra en Estados Unidos. Lo que les impide entenderse mutuamente es no sólo la lengua sino también la inconmensurabilidad de la experiencia. Sin embargo la predisposición a estudiar el idioma del interlocutor y a explorar las premisas de ambas culturas puede abrir las compuertas para el diálogo. Es algo factible, aunque no sucede a menudo.

El problema se complica, en razón de su mayor sutileza, cuando los interlocutores que provienen de dos culturas distintas comparten lo que se define como un mismo idioma, por ejemplo el inglés para el caso de los norteamericanos e ingleses, y el castellano para el de los españoles y latinoamericanos. Entonces la verdadera comunicación se posibilita sólo cuando ambos comprenden que hablan no uno sino dos idiomas en los cuales las "mismas" palabras asumen significados divergentes, a veces categóricamente distintos. Entonces, si están dispuestos a escuchar y preguntar, pueden iniciar una larga y placentera plática.

Este es también el problema de las dos generaciones. Una vez que el hecho de que existe un abismo generacional profundo, nuevo, que carece de precedentes y que tiene magnitud mundial, se implante sólidamente en la cabeza de los jóvenes y los viejos, será posible reanudar la comunicación. Pero mientras haya un adulto que piense que él, lo mismo que los padres y maestros de antaño, puede asumir una actitud introspectiva e invocar su propia juventud para



entender a los jóvenes que lo rodean, ese adulto estará perdido.

Esto es, sin embargo, lo que hace la mayoría de los adultos. El hecho de que deleguen autoridad, de que el padre envíe a sus hijos a la escuela para que aprenda nuevas ideas y de que el viejo científico envíe a sus discípulos a otros laboratorios para abordar los problemas más flamantes, no cambia nada. Sólo implica que los padres y los maestros continúan empleando los mecanismos de configuración típicos de un mundo en que los padres, después de renunciar al derecho de educar a sus propios hijos, pretenden que los jóvenes aprendan de otros adultos y de sus pares más inteligentes. Incluso en el campo de la ciencia, donde hemos procurado inculcar la expectativa de descubrimientos e innovaciones, los estudiantes aprenden de los viejos modelos, y los científicos jóvenes se afanan en general por llenar los huecos que encuentran en los paradigmas consagrados. En las condiciones actuales en que el ritmo de los descubrimientos científicos se acelera cada vez más, los viejos caducan rápidamente y son reemplazados por individuos casi cogeneracionales, pero siempre dentro de un marco de autoridad.

En el sentido más profundo los adultos continúan empuñando hoy el timón, como lo empuñaban ayer. Y en parte porque empuñan el timón, no comprenden que todavía no existen las condiciones imprescindibles para entablar un nuevo diálogo con los jóvenes.

Aunque parezca irónico, quienes opinan ahora que es imposible salvar la brecha generacional y que los jóvenes que no pueden estudiar con el sistema antiguo han traicionado su devoción a la enseñanza, son los mismos que, como maestros, estuvieron muy próximos a las generaciones anteriores de estudiantes.

Desde un punto de vista particular, la situación en que nos encontramos actualmente se puede describir como una crisis de fe en la cual los hombres, que han perdido su confianza no sólo en la religión sino también en la ideología política y en la ciencia, se sienten despojados de todo tipo de seguridad. Pienso que esta crisis de fe se puede atribuir,

por lo menos en parte, al hecho de que ahora no hay adultos que sepan más que los mismos jóvenes acerca de lo que éstos experimentan. C. H. Waddington ha postulado la hipótesis de que un componente de la evolución humana y de la capacidad de elección consiste en la aptitud de la criatura humana para aceptar de los mayores, por razones de autoridad, los criterios mediante los cuales se define lo bueno y lo malo. El hecho de que el niño acepte la distinción entre lo bueno y lo malo es un producto de su dependencia respecto de las figuras parentales que le inspiran confianza, temor y amor, y que tienen en sus manos la vida misma de la criatura. Pero hoy los adultos no pueden adoptar una actitud de certidumbre para plantear imperativos morales a los jóvenes.

Es cierto que en muchas regiones del mundo la generación parental aún se guía por una serie postfigurativa de valores. En tales culturas los hijos pueden aprender de los padres que ha habido absolutos indiscutidos, y este adoctrinamiento puede influir sobre la experiencia futura traduciendo la expectativa de que se pueden y se deben reimplantar los valores absolutos. Los cultos nativistas y los movimientos dogmáticos religiosos y políticos prosperan con más vigor allí donde se ha producido la quiebra reciente de las culturas postfigurativas, y con menos fuerza en aquellas culturas en las que se espera que se produzca un cambio ordenado dentro de una serie de valores estables en un nivel más elevado de abstracción.

Los países industrializados más antiguos de Occidente han incorporado a sus teorías culturales la idea de que el cambio puede producirse sin necesidad de una revolución, mediante el desarrollo de nuevas técnicas sociales aptas para abordar las condiciones creadas por las transformaciones económicas y los adelantos tecnológicos. En estos mismos países se tiende a interpretar la obsolescencia como una reliquia, estimada o aborrecida, según cuál sea el caso. En Inglaterra se conservó al mensajero que llevaba a Francia un cofre con documentos oficiales cuando ya hacía mucho tiempo que dichos documentos se enviaban por correo. También en Inglaterra, la pompa de la Corona coexiste con

el gobierno parlamentario que desplazó hace mucho tiempo al trono como fuente de poder. En Suecia las leyes más modernas sobre comportamiento sexual conviven con el apoyo religioso ortodoxo más intransigente a una moral absoluta.

Asimismo, en Estados Unidos se observa una profunda consagración al cambio evolutivo, que se interpreta como progreso, junto con una reincidencia continua en el absolutismo, que asume muchas formas. Tenemos las sectas religiosas y los grupos políticos menores, cuyo principal atractivo consiste en su dogmatismo respecto del bien y el mal. Tenemos las comunidades utópicas que han sido un rasgo permanente de nuestro desarrollo social, político e intelectual. Y tenemos la aceptación tácita de un sistema de castas fundado sobre el color, que viola nuestra proclamada creencia en la igualdad fundamental de todos los hombres.

En otras comarcas del mundo donde el cambio ha sido rápido, brusco y a menudo violento, y donde la idea del proceso ordenado de transformación no ha hechado raíces, siempre existe la posibilidad de que se produzcan erupciones súbitas que pueden asumir la forma de revoluciones y contrarrevoluciones, como sucede en la mayoría de los países latinoamericanos, o que pueden determinar, mediante una inversión repentina, aunque con nuevas formas, la reimplantación de una ortodoxia arcaica dentro de la cual es posible perseguir, torturar y quemar vivos a los herejes. Los jóvenes que hoy se convierten en antorchas vivientes reflejan mediante mecanismos muy complejos las actitudes del absolutismo ortodoxo y las reacciones que éste desencadena. Dichos jóvenes imitan el ejemplo de los budistas que respondieron a las posiciones dogmáticas del comunismo y del anticomunismo reaccionario con una transgresión extrema a sus propios valores religiosos liberales y nada absolutistas. Pero sus actos también reflejan, implícitamente, el trato que todo sistema despótico que no permite impugnar sus dogmas reserva a los herejes e incrédulos.

Todavía hay padres que contestan las preguntas del niño —¿por qué debo ir a la cama?, ¿o comer mis verduras?, ¿o dejar de chuparme el dedo?, ¿o aprender a leer?— con

asertos simples: Porque eso es lo *correcto*, porque *Dios* lo ordena, o porque *yo* lo ordeno. Estos padres allanan el camino para la reimplantación de los elementos postfigurativos en la cultura. Pero estos elementos serán mucho más rígidos e inabordables que en el pasado porque habrá que defenderlos en un mundo en el que prevalecen y pululan los enfoques contrapuestos, en lugar de las ortodoxias.

Sin embargo, la mayoría de los padres se siente demasiado insegura para atreverse a ratificar los viejos dogmatismos. No sabe cómo educar a estos hijos que son tan distintos de lo que ellos mismos fueron otrora, y la mayoría de los jóvenes es incapaz de aprender de padres y adultos a los que ellos jamás se parecerán. Antaño, en Estados Unidos, los hijos de padres inmigrantes les rogaban a éstos que no hablaran en público su idioma extranjero ni lucieran sus ropas exóticas, extrañas. Sentían la lacerante vergüenza de no poder repudiar a sus padres y de no poder aceptar, al mismo tiempo, de manera sencilla y natural, su forma de hablar y de proceder. Pero con el trascurso del tiempo aprendieron a encontrar nuevos maestros para que los guiaran, a modelar su conducta sobre la de sus camaradas más adaptados, y a introducirse, disimuladamente, en el seno de un grupo cuyos padres eran más soportables.

Ahora los jóvenes disidentes descubren con mucha rapidez que ya no es posible adoptar esa solución. La ruptura que existe entre ellos y sus padres también existe entre sus amigos y los padres de éstos y entre sus amigos y sus maestros. No hay respuestas tolerables en los viejos libros ni en los textos nuevos, llamativamente coloreados y superficialmente vivificados, en los que se les pide que estudien.

Algunos buscan modelos extranjeros. Se sienten atraídos por Camus, quien, desgarrado entre su origen argelino y su lealtad intelectual a Francia, expresó en parte el conflicto que los acosa. Pero Camus está muerto. Procuran adaptar a sus propios fines las palabras de un marxista envejecido, como Marcuse, o los escritos de los existencialistas. Cultivan actitudes religiosas de admiración desesperada por los héroes de otros grupos revolucionarios juveniles. Los estudiantes blancos se alían con los separatistas

negros. Los estudiantes negros tratan de reestructurar el pasado en el curso de su lucha por reestructurar el presente.

Estos jóvenes disconformes comprenden que existe la necesidad crítica de que el mundo actúe inmediatamente para solucionar problemas que afectan a la totalidad del globo. Lo que desean es, en cierta forma, empezar a partir de cero. La idea del cambio ordenado, evolutivo, no entusiasma a esta generación de jóvenes, que no pueden asumir el pasado de sus mayores y que sólo atinan a repudiar lo que éstos hacen ahora. Desde su punto de vista el pasado es un fracaso colosal, ininteligible, y es posible que el futuro no encierre nada más que la destrucción del planeta. Atrapados entre los dos, están dispuestos a despejar el terreno para algo nuevo, mediante el uso de una especie de topadora social, análoga a la topadora que destruye todos los árboles y accidentes del paisaje para dejar el paso expedito a una nueva comunidad. Los jóvenes tienen conciencia de la realidad de la crisis (aunque, en verdad, quienes la perciben con más nitidez no son ellos sino sus mayores sagaces y proféticos) y sienten que sus mayores no entienden el mundo moderno porque tampoco entienden la rebelión para la que es casi inconcebible la reforma planificada del sistema moderno.

Sin embargo, quienes carecen de poder sólo pueden conquistarlo por aquellas vías contra las que se rebelan. En última instancia, fueron los hombres quienes dieron el voto a las mujeres, y será la Cámara de los Lores la que votará su propia abolición, y son los mayores de dieciocho años quienes deben prestar su consentimiento para que voten los menores de dicha edad, y también serán las naciones, por fin, las que adoptarán medidas para limitar la soberanía nacional. El cambio revolucionario eficaz y rápido, en el curso del cual no se producen decapitaciones ni se imponen exilios, depende de que muchos de aquellos que participan del poder cooperen con los desheredados que pretenden alcanzarlo. Es posible que la idea innovadora parta de otros, pero la iniciativa para la acción fructuosa debe provenir de aquellos cuyos privilegios, finalmente catalogados como obsoletos, han de ser abolidos.

Entre los jóvenes disconformes hay algunos que reconocen este hecho. Es significativo que deseen que sus padres o quienes los representan —decanos y presidentes de universidades y editorialistas— se sumen a su bando, coincidan con ellos o por lo menos les impartan su bendición. Detrás de sus exigencias perdura la esperanza de que, aun mientras se pronuncian contra la administración de la universidad, el presidente de ésta se aproxime para conversar con ellos... y traiga a sus hijos. Pero también hay otros que no abrigan semejante esperanza.

Me he referido sólo a los jóvenes más coherentes, a aquellos que desean escindirse de la totalidad del sistema y a aquellos que desean destrozarse el sistema y empezar desde cero. Pero la idea de que nada de lo que proviene del pasado es significativo y viable tiene mucha más repercusión. Entre los menos coherentes se expresa en actitudes tales como la negativa a estudiar en la escuela, a cooperar en el trabajo, o a seguir las vías políticas normales. Quizá la mayor parte de la desobediencia asume estas formas pasivas. Pero la agrupación periódica de los estudiantes detrás de sus pares más activos sugiere que incluso la desobediencia pasiva es muy inflamable.

La resistencia de los jóvenes también se expresa mediante el cumplimiento esencialmente despreocupado y oportunista de las reglas que se catalogan como absurdas. Es posible que quienes adoptan esta actitud sean los que más nos asustan. El hecho de plegarse a las formas que sirvieron para educar a los hombres durante generaciones, pero que ya no son idóneas para educar a quienes las aceptan, sólo puede condicionar a los estudiantes para que encaren todos los sistemas sociales en términos de usufructo.

Pero cualquiera que sea la actitud que asuma, ninguno de los jóvenes, ya pertenezca al grupo de los más idealistas o al de los más cínicos, es inmune a la idea de que en ningún lugar del mundo hay adultos de los que pueda aprender cuáles deberán ser los próximos pasos.

Estas son, en síntesis, las condiciones de nuestra época. Estas son las dos generaciones —la de los pioneros llegados a una nueva era y la de sus hijos— que todavía deben en-

contrar una forma de dialogar acerca del mundo en que ambas viven, aunque sus impresiones respecto de él sean tan distintas. Nadie sabe cuáles serán los pasos siguientes. Postulo que la admisión de ello encierra el comienzo de una respuesta.

Porque opino que estamos en vísperas del desarrollo de un nuevo tipo de cultura, cuyo estilo implicará una ruptura con las culturas cofigurativas en la misma medida en que la institucionalización de la cofiguración en un proceso de cambio ordenado —y tumultuoso— implicó una ruptura con el estilo postfigurativo. Yo defino este nuevo estilo como *prefigurativo*, porque en esta nueva cultura será el hijo, y no el padre ni los abuelos, quien representará el porvenir. En lugar del adulto erguido, canoso, que en las culturas postfigurativas corporizaba el pasado y el futuro con toda su majestuosidad y continuidad, es el niño nonato, ya concebido pero alojado todavía en la matriz, quien debe convertirse en el símbolo de lo que será la vida. Este es un niño cuyo sexo, aspecto y aptitudes no conocemos. Quizá sea un genio o padezca un retardo profundo, y necesitará una atención adulta imaginativa, novedosa y solícita, mucho más refinada que la que proporcionamos actualmente.

Es poco lo que se puede saber con certeza acerca del niño nonato. Con instrumentos delicados que complementan el oído podemos averiguar que está vivo, que su corazón late. Otros instrumentos, aun más sutiles, pueden darnos algunas claves acerca del estado de su salud. Podemos pronosticar la hora aproximada en que nacerá. Sabemos que a menos que se proteja, alimente y atienda a la madre, las probabilidades de supervivencia del niño disminuirán junto con las de ella. Si ella se enfermara y muriese, la vida del niño también se extinguiría. Pero todo lo demás se reduce a promesas.

Nadie puede saber por adelantado cómo será el niño: cuan ágiles serán sus miembros, qué deleitará su vista, si tendrá un ritmo acelerado o lento, si despertará listo para habérselas con el mundo o si sólo desplegará sus mejores horas cuando los seres diurnos se estén cansando. Nadie sabe cómo funcionará su mente: si aprenderá más mediante

la visión, la audición, el tacto o el movimiento. Pero por el hecho de saber qué es lo que no sabemos y no podemos predecir, estamos en condiciones de construir un entorno en el que el niño, todavía desconocido, podrá estar seguro y podrá crecer y descubrirse a sí mismo y descubrir el mundo.

En un entorno seguro y flexible debe haber una atención experta, anestésicos, oxígeno y sangre al alcance de la mano para proteger a la madre y el niño si el parto es difícil. La madre que se siente deprimida o asustada debe recibir un tratamiento de apoyo. Debe haber alimentos artificiales para el niño que no puede mamar del pecho materno. Para el niño que no puede dormir en la oscuridad debe haber una luz tenue. Para el niño sensible al ruido debe haber un sistema aislante.

A medida que el niño empieza a buscar a la gente, se lo debe trasportar —en brazos, en un coche o en la cuna— hasta donde tenga compañía. A medida que sus ojos responden al color, se le deben proporcionar muchos matices, saturaciones y brillos entre los que pueda elegir. Debe disponer de muchos tipos de objetos para que pueda clasificarlos, de muchos ritmos y melodías para iniciarlo en la danza. Cuando comienza a formarse una imagen del mundo, debe contar con ejemplos de los mundos que han creado otros hombres y de lápices de colores, pinturas y arcilla para plasmar el mundo de su propia fantasía.

Incluso una enumeración tan sencilla de las formas de satisfacer las necesidades del niño nos revela hasta qué punto las criaturas han sido atadas a los hábitos de sus mayores mediante el amor, la subordinación y la confianza. También nos revela que la subordinación del niño respecto de los adultos es muy poco flexible cuando se la compara con la gran flexibilidad que éstos pueden desplegar en el suministro de sus cuidados. Si no recibiera los cuidados del adulto, el niño moriría en pocas horas. Si no recibiera los cuidados del adulto, el niño nunca aprendería a hablar. Si no experimentara la sensación de confianza, el niño nunca se convertiría en un miembro de la sociedad capaz de confiar, de amar a los demás y de pro-



cuparse por ellos. El niño está totalmente subordinado y la cultura se ha edificado sobre esta subordinación a medida que durante centenares de miles de años, y generación tras generación, los adultos les han impuesto a los niños, con los cuidados que les dispensan, su visión de lo que debe ser la vida. La dependencia ha posibilitado la elaboración de la conciencia y, tal como Julian Huxley y C. H. Waddington han alegado en forma tan elocuente, la ética no es exterior a la naturaleza sino que es crucial para la evolución humana.

La continuidad de la cultura y la incorporación de todas las innovaciones dependían de los éxitos del sistema postfigurativo mediante el cual se educaba a los jóvenes para que copiaran las vidas de sus antepasados. Luego, a medida que los hombres iban aprendiendo a vivir en muchos entornos distintos y a viajar y a comerciar entre sí, los contrastes entre las diferentes culturas postfigurativas empezaron a suministrar las condiciones necesarias para el cambio y para el desarrollo de culturas cofigurativas, en las que los individuos que habían sido educados para una forma de compromiso aprendían a adaptarse a otras formas pero con la misma consagración absoluta.

Más tarde, cuando la idea de cambio se encarnó en muchas culturas como elemento postfigurativo, los jóvenes pudieron aprender de sus mayores que debían ir más lejos que ellos, que debían conseguir más y hacer cosas distintas. Pero este "más lejos" se encontraba siempre dentro del radio de la imaginación informada de sus mayores. Era lícito pretender que el hijo cruzara mares que su padre jamás había atravesado, que estudiara física nuclear cuando su padre sólo había recibido una educación elemental, que volara en un avión mientras su padre lo contemplaba desde tierra. El hijo del campesino se convirtió en sabio. El hijo del pobre cruzó el océano que su padre nunca había visto. El hijo del maestro se transformó en científico.

El amor y la confianza, asentados sobre la dependencia y el cuidado comprensivo, permitieron que el individuo que se había educado en el seno de una cultura ingresara en otra, transformando sus conocimientos anteriores sin por

ello destruirlos. Pocas veces la primera generación de inmigrantes y pioneros voluntarios no consigue enfrentar los problemas de un nuevo entorno. Su aprendizaje previo la saca a flote. Pero a menos que pueda corporizar en forma postfigurativa lo que hay de novedoso, no logrará transmitir a sus hijos lo que ella misma aprendió en el curso de su educación temprana: la capacidad para asimilar de los demás aquello que sus padres no podían enseñarle.

Ahora, en un mundo en el cual no hay otros individuos versados a los que los padres puedan confiar los hijos que ellos mismos no pueden educar, los adultos se sienten inseguros e impotentes. Convencidos aún de que debe haber respuestas, los padres preguntan: ¿Cómo podemos explicarles a nuestros hijos lo que es correcto? Entonces algunos padres intentan resolver el problema aconsejando a sus hijos, en términos muy vagos: Deberéis decidirlo por vuestros propios medios. Y algunos padres preguntan: ¿Qué hacen los otros? Pero este recurso propio de una cultura cofigurativa pierde vigencia para los padres que piensan que los "otros" —los pares de sus hijos— siguen rumbos que sería peligroso emular, y para los padres que descubren que ellos no entienden lo que sus hijos deciden por sus propios medios.

Los adultos que todavía piensan que existe un camino seguro y socialmente consagrado que conduce al tipo de vida que ellos nunca conocieron son los que reaccionan con más ira y acritud cuando descubren que lo que ellos habían anhelado ya no existe para sus hijos. Estos son los padres, los fideicomisarios de universidades, los legisladores, los columnistas y los comentaristas que denuncian más estridentemente lo que sucede en las escuelas, las facultades y las universidades en las que ellos depositaron las esperanzas que alimentaban para sus hijos.

Hoy, cuando empezamos a entender mejor los procesos circulares mediante los cuales se desarrolla y transmite la cultura, reconocemos que la característica más humana del hombre no consiste en su capacidad para aprender, que comparte con muchas otras especies, sino en su capacidad para enseñar y almacenar lo que otros han perfeccionado

y le han enseñado. El aprendizaje, que se funda sobre la dependencia humana, es relativamente sencillo. Pero las aptitudes humanas para crear refinados sistemas aptos para ser enseñados, para entender y utilizar los recursos del mundo natural, y para gobernar la sociedad y crear mundos imaginarios, son muy complejas. Antaño, el hombre confiaba en la parte menos refinada del sistema circular, el aprendizaje subordinado de los niños, para asegurar la continuidad de la trasmisión y la corporización de lo nuevo. Ahora que entendemos mejor el proceso, debemos cultivar la parte más flexible y compleja del sistema: el comportamiento de los adultos. En verdad, debemos enseñarnos a nosotros mismos a alterar la conducta de los adultos para poder renunciar a la educación postfigurativa, con sus ingredientes cofigurativos tolerados, y debemos descubrir medios prefigurativos de enseñanza y aprendizaje que mantengan abierto el futuro. Debemos crear nuevos modelos para que los adultos puedan enseñar a sus hijos no lo que deben aprender sino cómo deben hacerlo, y no con qué deben comprometerse, sino cuál es el valor del compromiso.

Las culturas postfigurativas, que ponían énfasis en los adultos —aquellos que más habían aprendido y más provecho podían sacar de sus conocimientos— constituían sistemas esencialmente cerrados que copiaban sin cesar el pasado. Ahora debemos encaminarnos hacia la creación de sistemas abiertos que apunten al futuro, y por consiguiente a los niños, cuyas aptitudes menos conocemos y cuyas opciones deben quedar en suspenso.

Al proceder así confesamos explícitamente que nunca podremos volver a hollar los senderos por los cuales hemos llegado al presente. El pasado es el camino por el que arribamos a nuestra ubicación actual. Las formas más antiguas de cultura nos proporcionaron el conocimiento, las técnicas y las herramientas necesarias para nuestra cultura contemporánea. Todos los pueblos de la tierra marchan por los diferentes caminos que salen del pasado para desembocar en la nueva comunidad mundial. No es necesario repudiar ningún camino que traiga al presente ni olvidar ninguna forma de vida primitiva. Pero todos estos pasados

distintos, el nuestro propio y todos los otros, se deben catalogar como precursores.

Es significativo que incluso a los escritores proféticos de ciencia-ficción les haya resultado tan difícil imaginar y aceptar un futuro desconocido. En la conclusión de *Childhood's End* (El fin de la infancia) Arthur Clarke escribió: "Las estrellas no son para los hombres."

Las fantasías espaciales describen cómo la última nave maltrecha regresa de las sociedades galácticas imaginarias a la "cámara del comienzo" ubicada en la Tierra del Sol. En *Midwich Cuckoos* (El valle de los malditos), John Wyndham exterminó a los extraños niños sensibles, de ojos dorados, que las mujeres terráneas habían engendrado con los visitantes del espacio exterior. La película *2001: A Space Odyssey* (2001: Odisea del espacio), concluía con un fracaso. Esta honda renuncia a permitir que los hijos se internen demasiado en el futuro induce a pensar que la imaginación adulta, actuando por sí sola, permanece amarrada al pasado.

De modo que la liberación de la imaginación del hombre respecto del pasado depende, a mi juicio, del desarrollo de un nuevo tipo de comunicación con quienes están más hondamente comprometidos con el futuro: los jóvenes que nacieron en el nuevo mundo. O sea que depende de la participación directa de aquellos que hasta ahora no han tenido acceso al poder y cuya naturaleza no pueden imaginar plenamente quienes sí lo ejercen. En el pasado, en las culturas cofigurativas, se cercenó gradualmente el derecho de los adultos a limitar el futuro de sus hijos. Ahora, tal como lo veo, el desarrollo de las culturas prefigurativas depende de que se entable un diálogo continuo en el curso del cual los jóvenes gocen de libertad para actuar según su propia iniciativa y puedan conducir a sus mayores en dirección a lo desconocido. Entonces la vieja generación tendrá acceso al nuevo conocimiento experimental, sin el cual es imposible trazar planes significativos. Sólo podremos construir el futuro con la participación directa de los jóvenes, que cuentan con ese conocimiento.

En lugar de orientar la rebeldía hacia la recuperación

del sueño utópico que concibieron los abuelos, como parecen estar haciéndolo los partidarios de Mao con los jóvenes activistas chinos, debemos aprender junto con los jóvenes la forma de dar los próximos pasos. De su nuevo conocimiento —nuevo para el mundo y nuevo para nosotros— deberán emanar las preguntas dirigidas a aquellos que ya se han pertrechado mediante la educación y la experiencia para buscar las respuestas.

Archibald Macleish escribió en *The Hamlet of A. Macleish*:

Hemos aprendido las respuestas, todas las respuestas:  
lo que ignoramos es el interrogante.

Yo recibí su libro en 1928, mientras estaba en las Islas del Almirantazgo estudiando a los manus. En esa época parecía casi seguro que los manus, un pueblo que todavía se adaptaba orgullosamente a su cultura de la Edad de Piedra, y cuya única experiencia con otro tipo de civilización se había registrado con la deshumanizante y degradante cultura de contacto, terminarían por convertirse eventualmente en proletarios incultos dentro de un mundo que no conseguían entender y sobre el que no podían ejercer ninguna influencia.

Hoy, cuarenta años más tarde, el pueblo manus ha saltado miles de años y ha logrado tomar su destino en sus propias manos como no podría haberlo hecho cuando, encerrado dentro de la Edad de Piedra, hostigaba y saqueaba las aldeas de sus vecinos menos agresivos. Actualmente prepara a sus hijos para la universidad, para el estudio del derecho y la medicina, y trasfiere al mundo más vasto de una nación en desarrollo el liderazgo que otrora ejerció, caprichosa y desorganizadamente, como tribu, dentro de un pequeño archipiélago. Y ahora, al recordar la cita, cambié su enunciado porque ya podemos decir que por lo menos sí sabemos quiénes deben formular las preguntas para que nosotros, que tenemos a nuestra disposición un rico acervo de respuestas, podamos contestarlas. Los niños, los jóvenes, deben formular las preguntas que a nosotros jamás se nos ocurriría enunciar, pero es necesario recon-

quistar la confianza suficiente para que los mayores puedan trabajar con ellos en la búsqueda de las respuestas. Tal como sucede en un país nuevo donde las viviendas de emergencia son el producto de la adaptación de modelos obsoletos, los hijos deben disfrutar del derecho a proclamar que tienen frío y a especificar de dónde provienen las corrientes de aire. El padre continúa siendo el hombre que tiene la pericia y la fuerza necesaria para derribar el árbol con el que edificará una casa distinta.

Durante los últimos años he estado expuesta a algo que al principio definí como una tentación. A veces los jóvenes se vuelven hacia mí cuando terminamos de trabajar conjunta y vehementemente por la consecución de un fin que compartimos, y me dicen: "Eres una de las nuestras." Yo pensaba que ésta era una tentación que debíamos resistir a cualquier precio, sobre todo en un país donde la juventud, en todas sus formas, se presenta como un refugio seductor para los maduros y ancianos. Por ello acostumbraba contestar: "No, no pertenezco a vuestra generación. Pensáis que sí porque generalmente defendéis causas por las que he bregado durante cuarenta años. Pero esto no me convierte en miembro de vuestra generación. ¿Y cómo puedo saber que, en verdad, dentro de diez años vosotros no os opondréis a estos mismos objetivos?" Pero creo que esta respuesta era otro ejemplo de nuestra obstinación en afirmar que el futuro será idéntico al pasado, que la mayoría de los individuos atraviesa ciclos de rebelión y reacción, que la experiencia del pasado se puede aplicar al futuro. Puesto que adoptaba esta hipótesis no podía entender que quizá me estaban diciendo algo distinto. Yo fui criada, como habrían querido serlo ellos, por una abuela y unos padres que no se creían autorizados a imponer a sus niños un rumbo determinado. Me crié con casi siete décadas de anticipación respecto de mi tiempo, tal como los jóvenes que hoy tienen veinte años proclaman que criarán a sus hijos, dejándolos en libertad para que se desarrollen, erectos y altos, en dirección a un futuro que debe permanecer abierto y libre. En cierto sentido es como tributo a esa infancia que puedo insistir en que estamos en condiciones

de pasar consciente, dichosa y laboriosamente a una cultura prefigurativa, criando hijos desconocidos para un mundo desconocido.

Pero para proceder así nosotros, los pueblos del mundo, debemos reubicar el futuro. A juicio de los occidentales, el futuro está delante de nosotros, quizá a sólo unas pocas horas del presente, a veces a mil años de distancia, pero siempre delante, aún no aquí, fuera de nuestro alcance. A juicio de muchos pueblos de Oceanía el futuro reside atrás, no adelante. Los balineses opinan que el futuro se parece a una película expuesta pero no revelada, que se despliega lentamente, en tanto que los hombres están a la espera de lo que les mostrará. Interpretan que es algo que los está alcanzando, y nosotros también utilizamos esta figura retórica cuando decimos que oímos a nuestras espaldas las pisadas implacables del tiempo.

Para construir una cultura prefigurativa en la que el pasado sea útil y no coactivo, deberemos modificar la ubicación del futuro. También en este caso nos inspiramos en los jóvenes que parecen anhelar utopías instantáneas. Ellos dicen: El Futuro Es Ahora. Esta consigna tiene un acento irracional e impetuoso, y si analizamos algunas de sus exigencias resulta que es irrealizable en sus detalles concretos. Pero pienso una vez más que los jóvenes nos marcan el camino para modificar nuestros procesos mentales. Debemos ubicar el futuro — como si fuera el niño nonato encerrado en el vientre de la madre — dentro de una comunidad de hombres, mujeres y niños, entre nosotros, como algo que está aquí, que ya está listo para que lo alimentemos y lo ayudemos y lo protejamos, que ya necesita elementos que debemos preparar antes de que nazca, porque de lo contrario será demasiado tarde. De modo que, como dicen los jóvenes: El Futuro Es Ahora.





# **APENDICES**



## APENDICE A

Películas, diapositivas y música empleadas en las disertaciones "Man and Nature".

Cuando pronuncié en marzo de 1969 las disertaciones "Man and Nature", complementé mis palabras mediante secuencias de películas y diapositivas, y una cinta de música grabada. Forman parte de la relación de lo que deseaba transmitir, pero, desde luego, no puedo incluirlas en la versión escrita, excepto como referencias.

Primera disertación: *El pasado - Culturas postfigurativas y antepasados bien conocidos.*

Asen Balicki y Quentin Brown: (Fragmentos de) *Fishing at the Stone Weir*, The Netsilik Eskimo Film Series, Educational Services Inc., 16 mm, Partes I y II, color, 1966.

Margaret Mead: *Four Families*, National Film Board of Canada, Nueva York, distribuido por McGraw-Hill, 16 mm, blanco y negro, sonido, 1959 (fragmentos de la canción de cuna).

Margaret Mead y Gregory Bateson: *Bathing Babies in Three Cultures*, Character Formation in Different Cultures Series, New York University Film Library, 16 mm, blanco y negro, sonido, 1952 (fragmento iatmul).

Segunda disertación: *El presente - Culturas cofigurativas y pares familiares.*

Alan Lomax: *Contrastive Styles in Adjoining Cultures: A Synthesis of Solo Songs from Manus, Ibiza, White and Black Spiritual Songs Sung by Mixed Choruses in Harmony*, Lomax Recordings. No está disponible para su distribución.

Oss, Oss, *Wee Oss*, Nueva York, Country Dance Society of America, 16 mm, color, sonido, 1950.

Diapositivas sobre Manus, colección de Margaret Mead, pintadas a mano y en color, 1928, 1953, 1967.

Tercera disertación: *El futuro - Culturas prefigurativas e hijos desconocidos.*

Gregory Bateson: *Security* (película no exhibida, sobre la primera experiencia del niño con la muerte), 16 mm, blanco y negro, 1941.

Al Clah: *Intrepid Shadow*, producida por Sol Worth y John Adair, Filadelfia, Annenberg School of Communication, Universidad de Pennsylvania, parte de una serie de siete películas: *Navajo Film Themselves*, 16 mm, blanco y negro, 1966.

Al Clah: *Not Much to Do*, filmación particular, 16 mm, blanco y negro, sonido, 1966.

## APENDICE B

### Nota bibliográfica

Estas disertaciones se inspiran tanto en mi trabajo realizado sobre el terreno entre los años 1925 y 1967 como en la labor y las comprobaciones de muchos de mis superiores, colegas y alumnos.

He publicado extensas bibliografías de mis propios trabajos realizados sobre el terreno y de las obras de otras personas que estudiaron los mismos pueblos en "Social Organi-

zation of Manua", *Bernice P. Bishop Museum Bulletin*, 76, Honolulu, 1930; en *Male and Female*, Nueva York, Morrow, 1949 y Nueva York, Dell, 1968; y en *Continuities in Cultural Evolution*, New Haven, Yale University Press, 1964.

En el prefacio y las referencias que cito en *Continuities in Cultural Evolution* he reconocido algunas deudas contraídas en el plano intelectual. En *An Anthropologist at Work: Writings of Ruth Benedict*, Boston, Houghton Mifflin, 1959 (2a. edición, Nueva York, Atherton, 1966) he descrito con más detalles el primer período pasado en la Universidad de Columbia, cuando formamos nuestras primeras ideas acerca de la forma en que se trasmite la cultura.

La selección de ensayos *Anthropology: A Human Science*, Princeton, Van Nostrand, 1964, describe en parte cómo se desarrolló mi comprensión del carácter cultural y algunas de las medidas que a mi juicio servirían para aplicar nuestro conocimiento cada vez mayor de la cultura a la precaria situación actual del hombre.

Mis ideas sobre los papeles diferenciales que los abuelos, los padres y los niños desempeñan en el proceso de aculturación se desarrollaron lentamente. Analicé por primera vez las confusiones de las culturas cofigurativas en *Coming of Age in Samoa*, Nueva York, Morrow, 1928 y Nueva York, Dell, 1968. Los cambios de sanciones y sustitutos se estudian en "Social Change and Cultural Surrogates", *Journal of Educational Sociology*, 14, 1940, págs. 92-109; "Age Patterning in Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry*, 17, 1947, págs. 231-240; "The Implications of Culture Change for Personality Development", *American Journal of Orthopsychiatry*, 17, 1947, págs. 633-646; "On the implications for Anthropology of the Gessel-Ilg Approach to Maturation", *American Anthropologist*, 49, 1947, págs. 69-77; "Character Formation and Diachronic Theory", en *Social Structure*, compilado por Meyer Fortes, Oxford, Clarendon Press, 1949; "The Impact of Culture on Personality Development in the United States Today", disertación inédita pronunciada en la Midcentury White House Conference on Children and Youth, Washington, D. C., 6 de diciembre de 1950; y en *The School in American Culture*,

Cambridge, Harvard University Press, 1951. *And Keep Your Powder Dry*, Nueva York, Morrow, 1942 (2a. edición, 1965), enunciaba algunos vínculos de la inmigración con la formación del carácter en Estados Unidos.

Utilicé por primera vez los términos “prefigurativo”, “cofigurativo” y “postfigurativo” en “Cultural Determinants of Sexual Behavior”, *Sex and Internal Secretions*, 2 volúmenes, 3a. edición, compilado por W. C. Young, Baltimore, Williams and Wilkins, 1961. En “Towards More Vivid Utopias”, *Science*, 126, 8 de noviembre de 1957, págs. 957-961; “Closing the Gap between Scientists and Others”, *Daedalus*, invierno de 1959, págs. 139-146; y de “The Future As the Basis for Establishing a Shared Culture”, *Daedalus*, invierno de 1965, págs. 135-155, empecé a desarrollar la idea acerca de la forma en que el aprendizaje de los niños modifica la comprensión que los adultos tienen de su cultura. *New Lives for Old: Cultural Transformations - Manus, 1928-1953*, Nueva York, Morrow, 1956 y Nueva York, Dell, 1968, describe cómo un pueblo de Nueva Guinea pasó de la Edad de Piedra al presente.

Pienso que mi primera vislumbre de lo que habría de venir la expresé en un poema que escribí en la década de 1920, titulado *Y vuestros jóvenes tendrán visiones*:

No tenemos pasado para alimentar el fuego, dijeros los  
jóvenes.  
No tenemos ninguna fila larga y seca de horas como  
bagazo,  
mondadas para arrojarlas en manojos a una hoguera  
en la que todos nuestros días muertos den flores  
de sueño, renacientes en el fuego poderoso.

Talad entonces vuestro futuro, dijeros los viejos.  
Derribad la alta belleza de los días no vividos.  
En ese humo, recién engendrado por la madera verde  
y sin mácula, de modo secreto y peligroso,  
los jóvenes sin recuerdos tuvieron visiones.

## NOTA SOBRE LA AUTORA

Desde 1925, cuando inició sus trabajos pioneros, sobre el terreno, entre los pueblos primitivos del Pacífico Sur, Margaret Mead ha estado constantemente consagrada al estudio de la evolución cultural del hombre.

Margaret Mead nació en Filadelfia, en 1901, y se educó en el Barnard College y en la Universidad de Columbia. A los veintitrés años, después de completar su tesis de graduación en antropología, pasó nueve meses entre los aislados habitantes de la Samoa norteamericana, viviendo con ellos y estudiándolos. El producto de sus investigaciones fue el clásico *Coming of Age in Samoa*, publicado por primera vez en 1928. En 1926 se incorporó al equipo de The American Museum of Natural History e inició una larga serie de estudios en distintos lugares del Pacífico, tanto para completar sus conocimientos sobre las culturas de las que era responsable en el museo, como para ampliar nuestra versación en los diferentes aspectos de la vida humana. Había estudiado la adolescencia en Samoa, y en 1928-1929 estudió la temprana infancia entre los manus. A estos trabajos les siguieron investigaciones sobre las diferencias entre los sexos y sobre el desarrollo infantil en otras tribus de Nueva Guinea. Sus comprobaciones se publicaron en *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, en 1936, y en *Male and Female*, en 1949. Entre 1936 y 1939 realizó estudios análogos en Bali.

Después del nacimiento de su hija, que ocurrió en 1939, Margaret Mead se dedicó durante los diez años siguientes a aplicar sus conocimientos antropológicos primeramente a los problemas de la guerra y más tarde a la exploración de las culturas contemporáneas. En 1953 regresó a Manus, para observar el portentoso progreso que se registró durante la postguerra en la comunidad que había investigado en 1928. El resultado de este estudio fue *New Lives for Old*. En 1965 y 1966 realizó otros viajes de breve duración a Manus y en 1967 participó en la filmación de una película sonora en colores, de noventa minutos, para la

National Educational Television: *Margaret Mead's New Guinea Journal*. En ella se muestran los pasos gigantescos que dio en dirección al mundo moderno un pueblo que la autora había conocido como niños de la Edad de Piedra.

En razón de su búsqueda incansable e imaginativa de conocimientos acerca de las posibilidades humanas, Margaret Mead se ha hecho acreedora al reconocimiento mundial, tanto de sus colegas como del público en general. Recibió títulos y premios honoríficos. La Associated Press la designó Mujer Sobresaliente del Año en el Campo de la Ciencia (1949) y la Nationwide Women Editors la eligió como Una de las Mujeres Sobresalientes del Siglo Veinte (1965). Ha sido presidenta de la American Anthropological Association (1960), de la World Federation for Mental Health (1956-1957), y preside en la actualidad la World Society for Ekistics. Ha sido fideicomisaria del Hampton Institute de Virginia desde 1945.

En junio de 1969 fue designada curadora emérita de etnología de The American Museum of Natural History. Ha continuado desempeñando su labor docente como profesora adjunta de antropología de la Universidad de Columbia y como profesora visitante de antropología del Departamento de Psiquiatría que depende de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cincinnati. También es presidenta de la División de Ciencias Sociales del nuevo Liberal Arts Center de Fordham, en Lincoln Center. Además de haber escrito sus propios libros y monografías, la doctora Mead ha participado como coautora en la confección de muchas obras con colaboradores más jóvenes y escribe una columna mensual para *Redbook Magazine*.

En el curso de sus trabajos sobre el terreno, Margaret Mead ha podido seguir el desarrollo de los niños que estudió hasta su etapa adulta en Manus, Bali y Nueva Guinea, y a lo largo de su propia vida ella, como nieta, hija y madre de mujeres profesionales, ha participado activamente en los hechos de nuestro mundo sometido a un acelerado proceso de cambio.



*Serie Práctica*

- HOOKER, S., *La tercera edad, sus problemas y auxilios prácticos*  
LAURY, G., *Cómo vivir su sexualidad*  
TORDJMAN, G., *Cómo comprender las enfermedades psicomaticas*  
GOTS- GOTS, *El libro de consulta de la mujer embarazada*  
FELDMAN, S., *El director de cine*  
FELDMAN, S., *La realizacion cinematográfica*  
BONNET, M. y G., *El cuidado del bebé*  
BONNET, M. y G., *La comunicacion con el bebe*  
BONNET, M. y G., *Paternidad moderna*

*Serie Conversaciones*

- BARTILLAT, C., *Henry Miller*  
CASANOVA, N., *Günter Grass*  
EVANS, R., *Ronald Laing*  
GALEANO, E., *Raimon*  
BRINGUIER, J. C., *Jean Piaget*  
LINDER, CH., *Heinrich Böll*  
WEATHERBY, *Marilyn Monroe*  
RAILLARD, G., *Joan Miró*  
RONAT, *Noam Chomsky*

## NOTA FINAL



Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

*“Es detestable esa avaricia que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos”.*

*—Miguel de Unamuno*

### **Para otras publicaciones visite:**

[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)

Facebook: Lectura sin Egoísmo

Twitter: @LectSinEgo

Instagram: Lectura\_sin\_Egoismo

o en su defecto escribanos a:

[lecturasinegoismo@gmail.com](mailto:lecturasinegoismo@gmail.com)

*Cultura y compromiso. El mensaje de la nueva generación - Margaret Mead*

**Referencia: 191**

# gedisa

COLECCION LIBERTAD Y CAMBIO

---

Hasta hace muy poco tiempo, los adultos podían decir: "¿Sabes una cosa? Yo he sido joven y tú nunca has sido viejo." Pero los jóvenes de hoy pueden responder: "Tú nunca has sido joven en el mundo en el que soy joven yo, y jamás podrás serlo." Hoy, súbitamente, en razón de que todos los pueblos del mundo forman parte de una red de intercomunicación con bases electrónicas, los jóvenes de todos los países comparten un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores tuvo o tendrá jamás. A la inversa, la vieja generación nunca verá repetida en la vida de los jóvenes su propia experiencia singular de cambio emergente y escalonado. Esta ruptura entre generaciones es totalmente nueva: es planetaria y universal.

MARGARET MEAD

---